



Jordi Planella (2014). *El oficio de educar*, Barcelona, Editorial UOC / Universitat Oberta de Catalunya. 160 páginas. Prólogo de Segundo Moyano.

El cuerpo como metáfora de la educación social

La idea del cuerpo como reflexión de orden personal y social es el oportuno tanteo que genera el presente trabajo. Y si bien el profesor Planella nos había acostumbrado a implicar las razones del cuerpo en sus indagaciones (*Cuerpo, cultura y educación*, Desclée de Brower, 2006) sin dejar nunca de vincularlas al entorno profesional (*Ser educador. Entre pedagogía y nomadismo*, UOC, 2009), con esta nueva entrega realiza un impagable esfuerzo de concreción, a partir del cual consigue solidificar muchas de sus inquietudes. Creo que la lectura del libro nos anima a compartir la mayoría de ellas, como docentes y como profesionales implicados con nuestro trabajo.

El conjunto de la obra se estructura en base a ocho capítulos iniciales, de los cuales solamente conocemos por el índice una intrigante cifra en números romanos como título, apartados a los cuales añade posteriormente un “excursus” y un más que recomendable “final de trayecto”. Esta táctica obedece a un planteamiento metodológico muy ambientado en la reflexión desde el descubrimiento. Prueba de ello son las numerosas citas a autores y autoras que Planella incorpora, modelando así una mirada humanista del conjunto que conexiona los territorios de la *paideia*, la *humanitas* y la *bildung*. Al extremo de que, como indica Segundo Moyano en el prólogo, se trata de recorridos que forman parte de la continuidad que el autor otorga a la lectura y al estudio de nuevos textos, “que uno siempre se pregunta de dónde han salido y dónde los ha podido encontrar” (17). Lo cierto es que el volumen cautiva desde el principio, alimentando progresivamente el deseo de conocer e indagar sobre el origen de las numerosas citas y referencias autorales que constantemente aparecen.

Este catedrático de pedagogía social, docente formado inicialmente en la práctica de la educación social, interpreta y expone en el libro qué entiende por educar, acompañar y estar presente, ya que le resulta imposible pensar en la pedagogía sin partir de una determinada antropología, declarando así su evidente filiación con una mirada antropológica hacia la educación social. Esto nos lleva al encuentro con una persona que reconoce el valor implícito en la práctica docente, más aún cuando dicha práctica evidencia muchas de las deficiencias que arrastra el sistema, si nos atenemos al complejo panorama del ámbito profesional de la educación social. Dicha complejidad no ha sido nunca un impedimento que mutilase o frenase las inquietudes

de Planella, para quien tiene más sentido hablar de educación como de un *arte* (y en particular como de una tarea de artesanía) que no como de una *tecnificación*, idea más cercana al concepto de profesión (aquí respira el apego que el autor siente por los trabajos de Richard Sennett: “todo buen artesano mantiene un diálogo entre unas prácticas concretas y el pensamiento”). Llegados a este punto, el autor no puede evitar la crítica al nada justificado y muy exagerado proceso de *didactización* de la educación, una triste herencia que ha despojado de contacto con la realidad a muchas de las prácticas universitarias, especialmente las conectadas con la formación docente. El exceso de teorías, técnicas y modelos, así como su planificación profesional, acaba de este modo “escondiendo excesivamente a la persona, a toda persona que se encuentra bajo la idea y el gesto del educador” (47).

Para transformar determinadas prácticas reproductoras podemos concebir la trayectoria docente como un largo aprendizaje que hacemos, no solamente entre libros y clases, sino mediante un trabajo interno de proceso, de crecimiento, de permanencia en las formas de hacer, viviendo experiencias, leyendo textos y, muy especialmente, escribiendo. El estudio, la lectura y la escritura resultarán indispensables para salir adelante, ya que el oficio se va forjando día a día, en itinerarios complejos, repensando constantemente las formas constitutivas de estar con el otro, rompiendo con los procesos hegemónicos y dando rienda suelta a una cierta epistemología de la alteridad. El autor defiende asimismo la posibilidad de conjugar otras dimensiones del trabajo socioeducativo, como el hecho de tener muy presente la idea de comunidad y la de participación de los sujetos en la construcción de la misma. Para ello es necesario que la educación incorpore el arte, la reflexión, la pregunta permanente sobre el mundo que nos envuelve y nos transforma. Esta inclinación hacia procesos que unen las problemáticas y los discursos del cuerpo (el individuo) con el conjunto de la sociedad (el cuerpo social) nos descubren a un autor abiertamente implicado con los procesos políticos, con el patrimonio cultural, y con la idea de conflicto en tanto que reto asumible y necesario. Si la educación es consustancial al ser humano, podemos afirmar que “sin educación no hay humanidad”. Las voces que se conjugan en este volumen para radiografiar dicha realidad proceden de campos tan diversos como la filosofía, la historia, el arte, la antropología, la psicología, la sociología, y evidentemente la pedagogía. Eso sí, emergiendo en el conjunto del discurso un sentido crítico muy cercano a los procesos y dinámicas de transformación social.

Al definir al educador Planella utiliza un enfoque que tiene muy en cuenta el proceso de crecimiento de las personas con las cuales el docente trabaja, partiendo de las demandas y las necesidades de la persona, en lugar de hacerlo de las necesidades del educador. Para la ilustrar la cuestión se detiene en interpretaciones que han sido elaboradas por autores como Deligny, Gómez,

Gerau, Bertolini, Assman o Jezierski. Nos resulta extremadamente interesante observar de qué forma el autor va tejiendo un entramado de relaciones que posibilitan, finalmente, una visión poliédrica y muy enriquecedora del conjunto. Y si en algo quiere detenerse Planella es en el valioso proceso de lo que él denomina “acompañamiento”, en tanto que el rol de quien educa consiste en ayudar al otro a descubrirse a sí mismo. Atendiendo desde dicha perspectiva a la formación de educadores, cabría valorar un planteamiento más cercano a la idea de construcción conjunta de saberes, de compartir, de puesta en común, de acompañamiento o de trayecto (83).

El libro resulta emotivo y gratificante, a la vez que intenso y vivenciado. Propone situar a la persona como centro del proceso educativo, como “sujeto” activo de la propia vida. Del mismo modo que el cuerpo no puede ser leído de forma unidireccional, tampoco es posible eludir la cuestión corporal en las praxis socioeducativas. Esto nos lleva hacia una lectura más poliédrica de tantas realidades hasta hace bien poco invisibilizadas (cuerpos monstruosos, ancianos, jóvenes, LGTB, con discapacidad) impulsando los estudios corporales, y entendiendo la corpografía como la posibilidad de que los cuerpos sean leídos desde lo cultural. Así pues, debemos rebelarnos y reivindicar que el oficio de educar está vinculado con la cultura, con las formas de leer y escribir el mundo, y toda persona tiene derecho a disponer de las herramientas necesarias para leerlo y escribirlo a su manera.

Ricard Huerta

Facultat de Magisteri, Universitat de València, España